

Alejandro Korn y el positivismo

Guillermo Cooper

“... como se despliega y repiega la trama de las ideas.”

El ambiente cultural de la vocación filosófica nos encara con una serie de desafíos. El primero nos llega del pasado, con voz que se alza para preguntar “¿Qué tienes tú que decir que no se haya dicho ya, sobre todo en el siglo XX cuando hay mil voces que claman en cualquier desierto? Por qué añades a la confusión?” Otro desafío llega del futuro. “Lo que tu piensas y dices, cuánto durará? Será un llamado sin resonancia, un evangelio sin discípulos?”

También viene un desafío de los pantanos del escepticismo e, insistiendo que este monto de palabras terminará en un torbellino polvoroso. Otro “quien vive” nos llega de un aparente castillo con voz que insiste que si no tenemos la verdad absoluta, más vale que nos callemos.

Estas voces, empero, no son tan insistentes como las que nos llegan del mercado callejero, del vaivén filosófico contemporáneo. Pues en ese ambiente tenemos a mano peras fenomenológicas, manzanas analíticas, pollo existencialista, asado marxista— y mucho más. Algunos dirán que la variedad intelectual no es buena para la salud mental. Otros insisten que solo con la variedad hay posibilidades, aún necesidad de vocación filosófica. El hecho es que es en ese mercado en donde se encontró Korn y nosotros también, y en donde siempre se encontrará la persona con inclinación filosófica o curiosidad intelectual. El Dr. Pucciarelli aclaró nuestra condición acertadamente con las siguientes palabras:

“El diálogo con el contorno y la exploración de las ideas que inspiraron los sucesos que desde el pasado desembocan en el presente, son los medios que permiten a los hombres y a los pueblos alcanzar el conocimiento de sí mismos. Esto explica que en todas partes, al menos en Occidente, se haya vuelto irrenunciable la tarea de ponerse en claro sobre el fondo de las ideas que iluminan los senderos de la acción colectiva”. (*Cuadernos de filosofía* Año XV, Nº 22-23, Enero-Diciembre, 1975, “Problemas del pensamiento argentino.” pp. 7-8)

Aquí emprenderemos un examen de lo que Korn ha dicho del positivismo, una dimensión de nuestro pasado cultural y filosófico de arraigo fundamental. Si el análisis cumple su deber, varios puntos quedarán mejor entendidos. En primer lugar un estudio de esta índole contribuye a aclarar la estructura del cambio y desarrollo de las ideas filosóficas. Por ejemplo, Korn indica que el positivismo de Comte tuvo un impacto más o menos tardío en la Argentina. Además, al llegar a estas tierras vino a ser más bien un injerto en un positivismo autóctono que una novedad sin antecedentes locales. La manera en que esto ocurrió—no solamente de una perspectiva histórica que apunta nombres, fechas, instituciones y lugares sino también de cómo el contenido filosófico cobra cierta vida independiente— es dimensión esencial de la biografía cultural humana. Aparte de ella y de la memoria de ella la vida cobra cualidad de pacotilla.

En segundo lugar, un estudio con esta orientación reconoce una integridad en la filosofía, la integridad que reconoce la trama de relaciones que entre sí tienen las diferentes dimensiones de la experiencia y de nuestros intentos racionales y emotivos de comprenderlas. Como ejemplo citaré la queja de Korn contra el mecanicismo determinista por no dar lugar a la libertad que requiere la vida ética. Es decir, ciertas ideas no permiten o por lo menos no apoyan la posibilidad o el desarrollo de otras. Tales relaciones lógicas subrayan la integridad de la filosofía como tarea racional pero que no desconoce lo emotivo.

En tercer lugar, un examen del estudio de Korn sobre el positivismo y estudios afines afirman que la vocación filosófica está arraigada en profundidades esenciales de la humanidad. Descartar tales estudios es negar la vocación filosófica y su expresión argentina. El hecho es que éste tema está muy al día, debatido por ejemplo en obras de Natalio Botana—*El orden conservador* y *La Tradición republicana*. En su estudio crítico de ésta última obra, Halperin Donghi hace notar que el trabajo de Korn sobre el siglo XIX da perspectivas sólidas que no se deben ignorar. Dice: Tenemos de Alejandro Korn “un texto que tendría aún mucho que enseñar y sugerir, si fuese más leído.” “En sus *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Korn contraponía a la ruidosa gloria de Sarmiento, a la vez icono nacional y patrono laico de ese grupo tan influyente en la imposición de una cierta imagen del pasado que es el magisterio primario, la reputación tanto menos difundida pero a su juicio más sólidamente fundada de Alberdi, que a la vez legisló el marco institucional y definió con infalible lucidez los resortes secretos del orden que iba a surgir en la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX. (Tulio Halperin Donghi, “Estudio crítico: *La Tradición republicana*. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo.” *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XII, Nº 2, Julio, 1986 p. 210.)

Korn dedicó largos años al estudio de la historia de las ideas en la Argentina. Repetidas veces dictó cursos sobre el tema. (Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América*, p. 41-2) El fruto de su labor *Influencias filosóficas en la evolución nacional* queda todavía como un monumento valioso en la cultura nacional. Es una obra de gran coraje, de amplia visión y de un análisis penetrante. La sección sobre el positivismo en esa obra es de interés especial, pues allí Korn desarrolla una serie de tesis sobre el “despliegue y repliegue de la trama de las ideas” que por un período de 60 a 70 años dominó en la Argentina.

Para comenzar, quisiera dar un resumen de lo que Korn dice acerca de la filosofía positiva.

Korn mantiene que el positivismo tiene como “rasgo común... su consagración especial a los problemas políticos y sociales.” (Alejandro Korn, *Obras Completas*, (1949), p. 147). Dada esta consagración, el positivismo “establece... el carácter fundametal de la

filosofía como una interpretación de los datos científicos con una finalidad social” La ciencia a que se recurre se limita a la ciencia natural y en especial a “la eficacia de sus métodos experimentales, la amplitud de su desarrollo, la fecundidad de sus aplicaciones técnicas, la exactitud de sus conclusiones” y “la supuesta inmutabilidad de sus leyes.” (*Obras Completas*, p. 147) Además la ciencia se concibe como una unidad, en la cual todas sus ramas investigan el “proceso natural que obedece a leyes permanentes.” (*Obras Completas*, p. 147).

Otro rasgo común del positivismo que Korn describe como vestigio del romanticismo es un cierto idealismo que se expresa en Comte en “su moral altruista, en su utopía sociocrática y en su religión humanitaria.” (*Obras Completas*, p. 146). Korn también se refiere a este rasgo como un “fervor idealista” que “persigue la visión de una humanidad hermana y concorde, señora del planeta, encaminada por la ciencia a la conquista de sus altos destinos en un progreso indefinido.” (*Obras Completas*, p. 148).

Como característica general de toda esta labor, aunque se enuncie o no, dice Korn, “toda filosofía positivista es implícitamente determinista, realista y mecanicista.” (*Obras Completas*, p. 148). Otra dimensión del positivismo es que “no es la creación artificial de sus grandes expositores: es, ante todo, en el siglo pasado, una actitud espiritual común a todo el occidente, nacida y difundida bajo el imperio de una misma situación histórica.” (*Obras Completas*, p. 149).

Al describir el positivismo de esta manera, Korn nos propone no solamente rasgos que vienen a ser casi esencias —“determinista, realista, mecanicista”— sino que reconoce que es algo mucho más difuso —“una actitud espiritual”— sujeto a las vicisitudes del cambio histórico. Por eso habla también de *varias* “concepciones positivistas” y describe el desarrollo histórico de esta perspectiva como así también de las tensiones y contradicciones dentro del positivismo. En cuanto a tensiones doctrinarias menciona a Comte, a Spencer y a Marx. A los tres los considera positivistas por su enfoque en problemas políticos y sociales, por su determinismo, realismo y mecanicismo y por su actitud hacia la ciencia, aceptándola como fuente de toda verdad. Las tensiones entre los tres, sin embargo, son profundas, con Comte afirmando una sociocracia como derivación lógica de su positivismo, Spencer insistiendo en un “individualismo manchesteriano” (*Obras Completas*, p. 147) y Marx en el comunismo.

El desarrollo histórico del positivismo en la Argentina es el tema al cual Korn dedica mayor atención en su trato del positivismo. Sobre esta etapa Korn mantiene lo siguiente:

“El contenido esencial el penúltimo período de nuestra evolución —es decir, del positivismo— se ha de destacar con mayor nitidez a medida que podamos contemplarlo en su proyección histórica. Por ahora nos perturba todavía el eco de la perpetua gresca, de los ataques y reproches mutuos, las campañas periodísticas y verbalistas y nos sugieren la visión de hondas antinomias. La historia, en su oportunidad, comprobará una perfecta unidad y concordancia en el desarrollo progresivo de la época positivista.” (*Obras Completas*, p. 151-2).

Este desarrollo progresivo Korn lo estructura en tres generaciones. La primera comienza con los hechos después de Caseros y tiene su máxima expresión en la labor de Alberdi, Sarmiento y Mitre. Ellos son considerados como expresión positivista a base de su concepto de la filosofía como actividad práctica —en palabras de Alberdi— “penetrada las necesidades sociales, morales e inteligentes de nuestro país, clara, democrática, progresiva, popular, americana.” (*Obras Completas*, p. 157). Sarmiento y Mitre concordaban fundamentalmente, según Korn, con la orientación práctica y social de Alberdi.

“La segunda generación la representan hombres nacidos poco antes o después de Caseros; algunos aún durante el ostracismo de los padres. Es un grupo de hombres cultos y talentosos, universitarios los más, de palabra fácil y de pluma ágil, que, libre de toda sugestión romántica, nada propio agregan a las ideas recibidas. Las aceptan como las bases convenidas e indiscutidas de la acción política, ajenos a todo interés filosófico. Si acaso especularon no fue en el reino platónico de las ideas.” (*Obras Completas*, p. 166). Paul Groussac pertenece a esta generación y Korn reconoce en él rasgos de las corrientes positivistas, por ejemplo su “aversión a la metafísica” (*Obras Completas*, p. 168) pero también afirma que “de modo implícito... un ponderado criterio filosófico satura la obra de Groussac y le permite elevarse con libertad de espíritu sobre las leyendas convencionales del día o la tradición.” (*Obras Completas*, p. 169)

La tercera generación en el desarrollo positivista argentino refleja más concientemente el pensamiento de Comte y de Spencer. A pesar del impacto de estas corrientes europeas, los miembros de esta generación, como los predecesores, dieron la estampa de su país a su pensamiento y a su labor institucional. Korn los describe, en parte diciendo:

“Tocóles actuar en la época del desarrollo de los estudios sociológicos y psicológicos sobre la base del determinismo de las ciencias naturales. Con fé profunda en esta orientación, imaginaron la posibilidad de una ciencia política derivada de los hechos empíricos de la convivencia social y esperaron de la psicología anatómica experimental las revelaciones decisivas sobre la vida espiritual del hombre. En este sentido, desde la cátedra, por el libro y el periódico ejercieron una acción que, robustecida por la literatura europea, llegó a difundir en la conciencia nacional una serie de conceptos generales y de premisas básicas, hasta dar al positivismo argentino los caracteres de una doctrina nacional, arraigada y excluyente.” (*Obras Completas*, p. 172-3)

Korn divide esta generación en dos grupos, el grupo universitario y el grupo normalista. El primero de estos grupos fue constituido por los egresados del año 1882. Entre otros se incluyen José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis M. Drago, José María Ramos Mejía, Joaquín V. González, Adolfo Mitre y Alberto Navarro Viola. Korn también menciona que se deben incluir egresados de cursos anteriores y posteriores a este año. De este grupo en particular dice:

“Los hombres del '80, en general, acogieron con simpatía la doctrina agnóstica y evolucionista de Spencer sin dejar de informarse en las corrientes afines del movimiento universal. Siguió de cerca la fase psicológica del positivismo, siempre más interesados en las aplicaciones políticas, jurídicas, sociales o pedagógicas que en la dilucidación de los principios abstractos. Con horror a la metafísica, sin fervor religioso, aceptaron como un dogma la subordinación de las ciencias psíquicas a las naturales, profesaron las tendencias individualistas del liberalismo inglés, proclamaron las excelencias del método experimental, alguna vez los emplearon y en toda ocasión se distinguieron por un criterio recto y honesto.” (*Obras Completas*, p. 173)

Los normalistas, con lo cual Korn se refiere a los egresados de la Escuela Normal de Paraná, cayeron bajo influencias formados por la orientación de Auguste Comte aunque el darwinismo y el evolucionismo sazonaron su culto intelectual. El doctor Torres,

puesto en cargo de la dirección de la Escuela por Sarmiento, y el naturalista Scalabrini dejaron su sello sobre la enseñanza. Estos maestros, dice Korn, "al esparcirse en desempeño de su magisterio por toda la república, llevaron con una dedicación ejemplar, rayana a veces en el sacrificio, los conceptos del orden, la disciplina y del método, sin sospechar cuan escaso era el caudal de su aparente saber enciclopédico. Desconocían la duda. En ellos, el sentimiento de la propia suficiencia llegaba hasta la convicción de poseer la verdad definitiva y de hallarse habilitados para enseñarla con autoridad dogmática. Se hallaban en el tercer estado comtiano, estado de perfecta beatitud, que no admite un más allá ni consiente la existencia de algo problemático." (*Obras Completas*, p. 178)

Tal resumen de un aspecto del trabajo de Korn sobre el positivismo nos da una impresión viva de su perspectiva sobre la historia de las ideas, el desarrollo de la cultura y la importancia o falta de importancia de ideas filosóficas. Tenemos en lo que escribió un aferramiento de lo que él experimentaba en un lecho histórico específico, pero con los ojos mentales fijados perceptivamente en la dimensión filosófica de esa realidad. El nos ha dejado un retrato vigoroso y potente con las características sobresalientes claramente marcadas. Una de estas características es la expresión autóctona de perspectivas de orientación positivista en los trabajos de Alberdi, Sarmiento, Mitre, y varios otros. Otra es la ironía de una debilidad —para, Korn, una caducidad— ética en un ambiente intelectual y cultural que fomentaba el desarrollo social político para el mejoramiento humano. Tenemos además, una serie de análisis del pensamiento de la principales figuras intelectuales de esta época. Estos análisis forman una base para estudios subsecuentes en las cuales una intenta determinar si la obra de Korn debe servir como guía para entender estos hombres del siglo XIX o si evidencia acumulada sugiere la necesidad de una re-estructuración de la perspectiva filosófica.

En la misma era en que Korn trabajaba sobre sus *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Ricardo Rojas y José Ingenieros publicaron estudios de intención similar. Ingenieros, en *La evolución de las ideas argentinas* presentó una interpretación más "militante" (José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX* p. 103) que la de Korn en la cual ve como fundamental a todo pensamiento y hecho la pugna y tensión entre "la mentalidad colonial y la mentalidad revolucionaria, el antiguo y el nuevo régimen, la feudalidad y la democracia." (J. L. Romero, p. 104) Ricardo Rojas, emprendió una indagación semejante a la de Korn pero con la vista más sobre la literatura. Rojas, "estaba persuadido de que lograría expresar los rasgos profundos del espíritu nacional" con entender los órganos históricos de la conciencia colectiva, a saber el territorio, la raza, el idioma, y la tradición. (J. L. Romero, p. 102-3).

En años más recientes, Ricaurte Soler publicó un libro detallado sobre *El positivismo argentino* limitándose a los desarrollos que ocurrieron entre 1880 y 1920. Su indagación, aunque trate de temas filosóficos, se vierte más hacia la sociología del saber de Mannheim.

La Filosofía en la Argentina de Juan Carlos Torchia Estrada tiene una sección sobre el positivismo en la cual presenta a fondo una síntesis clara y creadora de "la tercera generación" del desarrollo del positivismo. Incluye también un capítulo sobre José Ingenieros, autor al cual Korn no se refiere en sus *Influencias Filosóficas*. Torchia-Estrada interpreta al positivismo desde una perspectiva diferente de la de Korn, aclarando la variedad de modos de pensar que ocurren en el siglo XIX, y afirmando que no "hubo en el país un 'pensamiento' positivista original o peculiar, es decir, expresiones doctrinarias autóctonas dentro de la línea general de aquella filosofía." (J. C. Torchia-Estrada *La filosofía en la Argentina*, p. 173) Para Torchia-Estrada, entonces, aquel "Positivismo am-

biental y difuso" (Romero *Sobre la filosofía en América*, p. 23) era eso pero carecería de las "expresiones doctrinarias" que caracterizan el pensamiento de Comte o de Spencer.

Estas diferencias de interpretación sobre la historia de la cultura argentina y de su dimensión filosófica son normales. A la vez son signos de un vigor y de una seriedad en el estudio de la historia de la filosofía que refleja una excelencia intelectual del más alto rango. Pero tales diferencias nos llevan, también a tratar de aclarar la interpretación con la intención de resolver las diferencias, si es posible.

Al comenzar tal intención clarificante, conviene tomar nota de unos consejos que hizo Francisco Romero acerca de los ensayos de generalización o tipificación en el orden de lo histórico-cultural. Uno debe reconocer que hay "copiosas dificultades" en estudios de esta índole, pero en especial las dos que son fundamentales conciernen a "la concepción abstracta del esquema" y la aplicación del esquema a los casos concretos. (Francisco Romero *La estructura de la historia de la filosofía*, p. 135) Además nos hace acordar que "la historia de la filosofía, como cualquier otro producto o función de la cultura, no es hallazgo gratuito ni fácil y cómodo ejercicio, sino el resultado siempre cambiante de un ingente esfuerzo colectivo. Su progreso no consiste meramente en agregar nuevos episodios a un cuadro del pasado establecido de una vez por todas." (Francisco Romero *Sobre la historia de la filosofía*, p. 7)

Guiados por estos consejos, ¿cuales son las posibilidades de aclaración de las diferencias entre las interpretaciones de Korn y de Torchia-Estrada y otros?

En primer lugar, hay una diferencia de intención entre los esfuerzos de uno y otro. Para Korn la intención es de abarcar el "pensamiento de nuestro pueblo" (*Obras Completas*, p. 43) que incluye no solamente el pensamiento filosófico en sentido estricto, sino toda una "tradición" en el sentido en que Romero la describe. (F. Romero *La estructura de la historia de la filosofía*, pp. 123-5) Romero indica también que el sentido en que Korn habla del positivismo es "ambiental y difuso" (F. Romero, *Sobre la filosofía en América*, p. 23) Korn mismo que "es, ante todo,... una actitud espiritual común a todo el occidente, nacida y difundida bajo el imperio de una misma situación histórica." (*Obras Completas*, p. 149) Dada esta perspectiva, Korn examina el ambiente cultural con una vista guiada por conceptos filosóficos pero con atención a dimensiones que van más allá de la filosofía en un sentido estricto. Incluye reflexiones de los conceptos filosóficos en la literatura, la política, la educación, la sociología, la psicología, aún cuando todavía los conceptos filosóficos no se habían concretado en aquel ambiente. No creo que esto sea tan fuera de lo ordinario. Lo que Korn nos ha legado es casi una "vivencia" de aquella época en el siglo XIX, pues al leer estas páginas con imaginación por poco uno siente que ha caminado en las mismas sendas donde caminaron Alberdi, Mitre y Sarmiento, que ha asistido y aún enseñado en las escuelas fundadas para civilizar aquella muchedumbre barbarie.

Cuando ese viento cultural que fue el positivismo deja de soplar tan fuertemente viene Torchia-Estrada, después de haber leído mucho a Romero y hecho estudios a fondo en la filosofía de los positivistas como así también los proscriptos. Con paso medurado nos dice "Tomemos otra perspectiva. Hay dimensiones que Korn no mencionó. El asunto es más complicado filosóficamente y algo diferente de lo que Korn insistió." Y con eso nos ofrece su historia *La filosofía en la Argentina* unos 40 años después que Korn terminó sus *Influencias filosóficas*. En él, Torchia-Estrada se limita a una exposición detallada de pensamiento filosófico, pero ya con base de desarrollos intelectuales distintos de los de Korn. Aunque no desconoce dimensiones culturales que no sean filosóficas le interesa más aclarar definiciones de los conceptos básicos como ser el positivismo, el cientificismo, y el evolucionismo. Su libro es de mucho beneficio, porque aclara la variedad

de las dimensiones que Korn incluye en lo que significaba por su uso de la palabra "positivismo". En ese sentido la versión de Torchia Estrada es un mejoramiento, una contribución benéfica al estudio de la filosofía argentina, pero no por eso desplaza la obra de Korn, la cual, se puede decir, tiene otra función. Esta función incluye la descripción e interpretación de una dimensión cultural más amplia de la que le interesa a Torchia-Estrada. Korn reconoce también que lo que él pensaba y escribía sobre el pensamiento argentino sería corregido y ampliado. En la introducción a su obra dice "Al iniciar (este ensayo sobre las influencias en la evolución nacional) recordemos que las ideas participan de una mutabilidad esencialmente humana y que las del día son tan efímeras como las del pasado, no obstante el imperio que logran ejercer en nuestro ánimo, con la vana pretensión de constituir la medida universal de las cosas. Cada época pensó con su propio cerebro e inspiróse en su propio corazón. El historiador no se ha de aprestar, como un alcalde de barrio, a pronunciar la sentencia póstuma."